

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y lugares que aparecen en él son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Non è un paese per single*

© 2022, Newton Compton editori s.r.l.

© 2026, de la traducción por María Lobo García

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-10-6

DL: B 6.001-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en abril de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Felicia Kingsley

No es país para solteros

Traducción de María Lobo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

No hay nada como una buena boda
para impulsar los negocios.

SU ALTEZA REAL,
LA REINA MADRE ELIZABETH BOWES-LYON

–Presto muy poca atención –dijo la señora Grant– a lo que los jóvenes dicen sobre el matrimonio. Si se declaran contrarios a él, lo atribuyo simplemente al hecho de que aún no han encontrado a la persona adecuada.

El doctor Grant felicitó riendo a la señorita Crawford por no sentir ninguna aversión hacia el matrimonio.

–¡Oh, por supuesto! Y no me avergüenza en lo más mínimo –respondió ella–. Desearía que todo el mundo se casara, siempre que pueda hacerlo bien. No me gusta ver a la gente desperdiciada; todos deberían casarse tan pronto como puedan hacerlo ventajosamente.

Mansfield Park
JANE AUSTEN

Prólogo

Elisa

Es una verdad universalmente aceptada que todo soltero en posesión de una gran fortuna necesita una esposa.

No estamos en Hertfordshire ni en el año 1812, sino en Belvedere in Chianti, un pueblecito de tres mil doscientos habitantes que se encuentra en el límite entre las provincias de Florencia y Siena. Y estamos en el siglo XXI.

O, al menos, eso es lo que pone en el calendario, aunque, por lo que hay que oír de vez en cuando, no lo parezca. Por ejemplo, en la panadería, donde Elisa Benetti, muy a su pesar, se encuentra atrapada entre la multitud de amas de casa que frecuentan el lugar todas las mañanas.

—¿Cuándo viene? —pregunta Fiorella a Giliola.

—¿Y cuántos años tiene? —añade Viola.

—¡Tengo que decírselo a mi Sara ahora mismo! —exclama Angela mientras sale tan disparada que, por poco, nos lleva a mí y a mi madre por delante—. Ay, disculpad, no os había visto.

—Buenos días, Pietro. ¿Me podrías dar dos barras, por favor? —le pregunta mi madre al panadero, que contempla entretenido todo el parloteo—. Pero entonces, ¿quién viene? ¿El nuevo párroco? —Interviene también en la conversación, que no quiere quedarse atrás y siempre tiene que estar al día de todas las novedades.

En un pueblo en el que nunca ocurre nada, incluso algo como esto se considera una noticia de la que hablar durante días.

—¡Qué párroco ni qué párroco! Desde que la sobrina de Caterina provocó que el último que vino colgara la sotana, la dió-

cesis no se arriesga a mandarnos a uno que tenga menos de cincuenta. Al próximo que venga, más que cuidar de la parroquia, tendrá que llamar a alguien para que lo cuiden a él.

En Belvedere ningún hombre soltero está a salvo, ni siquiera los que llevan sotana. Aquí, el abanico de opciones se reduce a unos cuantos que están por debajo de la edad de jubilación. Ninguno se libra, puesto que madres, abuelas, tías e hijas han desarrollado un radar de gran precisión que les permite interceptar maridos en potencia en unos cuantos kilómetros a la redonda. Y mi madre no es la excepción.

Don Marzio, recién salido del seminario, solo duró cuatro meses. Greta, la sobrina de Caterina, lo conquistó con unos *pappardelle* con ragú de jabalí y se acabó casando con él.

—¿Y quién viene entonces? ¿Alguien importante?—pregunta mi madre con curiosidad.

Maldita la hora en la que me ofrecí a llevarle la compra a casa en la Vespa.

—¡Pero bueno!—salta Viola—. ¿Cómo es que precisamente vosotras no os habéis enterado? Gianni, el notario, se ha ido a buscar al sobrino de Ricasoli, ¡que es el heredero de la finca!

Vale, ahora entiendo por qué le parecía raro que no lo supiéramos: vivimos y trabajamos en esa finca, en Le Giuggiolle. El conde Umberto Ricasoli murió hace un mes, a sus cincuenta y seis años, de un infarto causado por su vida de ocio y desenfreno. Y nosotros, los que trabajábamos para él, estamos a la espera de que sus herederos nos digan algo, pero aún no ha aparecido nadie.

—No tenía ni idea—responde mi madre algo molesta—. ¿Entonces se ha ido de Poggio a Caiano a buscar a los familiares?

El conde Umberto no tenía hijos, así que Gianni habrá ido a visitar a sus parientes más cercanos. La Toscana está llena de Ricasoli-Guicciardi, así que ver quién es el heredero va a ser más que complicado.

—Mi cuñada vive en Poggio y no me ha dicho nada. Quizá haya ido a ver a los de Pontassieve—elucubra Giliola.

—Pues también hay Ricasoli en Pisa—recalca Fiorella.

–¡Es mejor tener un muerto en casa que tener que aguantar a alguien de Pisa! –exclama Duccio, el farmacéutico, mientras deja la bicicleta en la acera y entra a la panadería–. ¡Muy buenos días! ¿De qué va la conversación? ¿Quién es el desgraciado que viene de Pisa?

–El sobrino de Ricasoli, que va a heredar Le Giuggiole, pero aún no se sabe qué sobrino –explica Pietro.

–Ah, ¡entonces nada de Pisa! –dice Duccio–. Yo estoy enterado. Me lo dijo Fernanda, la vecina de Gianni, cuando vino a por una crema para los callos.

Era de esperar que Duccio lo supiese porque al farmacéutico todo el mundo le cuenta de todo. Pero de todo, todo.

–¿Quién es? ¡¿Quién es?! –gritan ansiosas, para saber más.

Duccio, encantado de ser el centro de atención, se pavonea con su bata blanca.

–Es el sobrino nieto del viejo Lanfranco Ricasoli, el que está en Londres. –Lanfranco era el padre de Umberto, que poseía la finca antes que él–. ¡El chaval de su sobrina Elena!

Las palabras de Duccio me sorprenden tanto que doy un salto hacia atrás.

–¿Te refieres a Carletto?

En realidad se llama Charles. Su madre, Elena Ricasoli, se casó con un comerciante de telas inglés, Richard Bingley. Charles y su hermana melliza solían venir a pasar el verano a la finca de su tío abuelo.

–¡Sí, el mismo! –me confirma Duccio–. Gianni salió ayer por la noche en avión desde Florencia.

Hago el intento de estirar el brazo para coger las bolsas del pan, pero me empiezan a rodear todas las cotillas de Chianti.

–Pero ¿tú lo conoces? ¿Es mono? –me pregunta Giliola.

–¿Es rico? –suelta Fiorella.

–¿Está soltero? –dice Angela tras reaparecer, ávida de información. Cuando se trata de hombres, las mujeres de Belvedere activan su radar.

–La verdad es que llevo años sin saber nada de él –comento para intentar escabullirme del lío en el que me he metido.

–Esperemos que no sea gay porque si no, señoras mías, os vais a quedar con una mano delante y otra detrás –bromean Piero y Duccio.

–Si efectivamente es homosexual, ya se puede quedar en Londres –sentencia Viola–. Aquí no queremos que nos hagan perder el tiempo.

Que yo recuerde, Carletto no era para nada homosexual. Al menos no lo era hace quince años.

–Mariana –dice Giliola mientras tira a mi madre de la mano–, ¿nos harás un favor? Cuando llegue, ¿podrías avisarnos?

–¿Avisaros? –pregunta mi madre fingiendo que no sabe lo que realmente pretenden–. ¿Para qué?

–¡Pues para poder ir a Le Giuggiole con una excusa preparada y fingir un encuentro!

–¡Qué buena idea! –comenta Fiorella–. ¡Así mi Paola le puede llevar unos panecillos! –Los famosos panecillos de Paola, tan consistentes como el cemento armado.

–¡Y yo le puedo hacer unos profiteroles! –suelta Angela.

Ya han sacado sus armas y han puesto en marcha su táctica de conquistarlo por el estómago. Si Carletto no acaba saliendo con una de sus hijas, ya se encargarán de hacer que se le atragante la comida.

–Menudas ideas. Nosotras estamos ahí para trabajar, no tenemos ni un segundo para andar con estas tonterías... –dice mi madre poniéndose a la defensiva. Está claro que no tiene la menor intención de compartir una información tan valiosa como esa. Vamos, como si no la conociera.

–Venga, Elisa, dile a tu madre que nos haga ese favor. ¡Mariana, no seas así de egoísta! –insiste Viola.

–Bueno, la convenceré –miento porque sé que, si no, no voy a poder salir de aquí.

–Así me gusta.

Al salir, mi madre me agarra del brazo y, en un tono reflexivo, me susurra al oído:

–Tú a estas ni pío. Tenemos que ir a casa y ponernos ahora mismo a limpiar hasta debajo de los muebles, preparar la ha-

bitación principal, hacer dos pasteles... No, mejor tres, y avisar a Giada para que se arregle esos pelos. ¡También hay que planchar ese vestido de encaje que hace que resalten tanto los ojos! Y tú, Elisa, ponte decente por una vez en la vida...

–Mamá, por favor, no empieces tú también... –digo entre suspiros.

Cuando ya tenemos un pie fuera de la tienda, Fiorella se me acerca y, con disimulo y un gesto sospechoso, me da diez euros enrollados.

–Entre tú y yo: quiero ser la primera en enterarme –dice mientras se va y me guiña un ojo con complicidad.

No lo soporto, no puedo más. A mí estas tonterías de matrimonios me superan.

Me subo a mi Vespa Rally de color azul sin siquiera abrocharme el casco y acelero a tope. Con un estallido, una nube de humo gris sale del tubo de escape, que pega un petardazo y deja en el aire un olor a aceite quemado al que acompañan las voces de los ancianos que están sentados fuera del bar de Mario, que exclaman:

–¡Echa el freno!

–¡Eh! ¡Que se te olvida el pan! –grita mi madre desde la panadería.

Yo, sin embargo, no hago ni el amago de dar marcha atrás.

Capítulo 1

Michael

—Espero que sea importante, porque me has hecho venir corriendo desde la oficina como si fuese un asunto de vida o muerte —le digo a Charles, mi mejor amigo, al llegar al gimnasio y encontrármelo en la cinta de correr.

—Pero bueno, ¿quieres relajarte? Que es sábado.

—Ah, ¿hoy es sábado? —le pregunto confuso.

—Estás tan obsesionado con el trabajo que no sabes ni a qué día estamos.

La verdad es que estaba convencido de que era viernes. Ahora entiendo por qué Penny, mi asistente, estaba tan enfadada cuando la he hecho salir de la cama a las siete con un aluvión de mensajes urgentes.

—Tenía que recibir a un cliente nuevo y solo podía esta mañana.

Más o menos es verdad. Llevo persiguiendo a Ernest Havisham durante meses y por fin ayer decidió confiar la gestión de su valioso portafolio de inversiones a Saxton & D'Arcy. Esta mañana estaba adelantando trabajo, a pesar de que Saxton, mi socio y casi un padre para mí, me tiene terminantemente prohibido quedarme en la oficina después de las nueve de la noche. Y durante los fines de semana. Y en los días festivos...

—No me cuentes tus problemas de adicción al trabajo, que hoy no me interesan. Tengo novedades.

—Ah, ¿sí? —Su tono tiene un tinte de entusiasmo que me sorprende.

Charles es un hombre de costumbres, no le gusta que le cambien los planes y por eso detesta las sorpresas. La última vez

que algo cambió en su vida fue cuando iba al instituto y le tuvieron que quitar las adenoides.

—¿Te acuerdas de Lanfranco, mi tío abuelo? El que tenía una mansión en la Toscana.

—Cómo olvidarlo.

Los padres de Charles se convirtieron en mis tutores legales y los de mi hermano cuando nuestros padres fallecieron hace veintinueve años. George y yo vivimos con los Bingley hasta que fuimos mayores de edad. La madre de Charles era de Florencia, así que en casa siempre solíamos hablar italiano, fuimos a un colegio bilingüe y solíamos pasar los veranos en la mansión del viejo Lanfranco.

—Su hijo murió sin tener herederos —me explica—, así que nos ha dejado la herencia a mi hermana y a mí.

—¿En serio?!

—Ayer vino el notario de Belvedere a traerme todos los documentos necesarios para la herencia.

—¿La vas a aceptar?

Charles levanta los hombros. Otra de las cosas que más de testa es tomar decisiones.

—No lo sé —responde para sorpresa de nadie.

Me juego lo que sea a que ahora me preguntará: «Si estuvieses en mi lugar, ¿qué harías?». Tres... dos... uno...

—Si estuvieses en mi lugar, ¿qué harías?

No soy ningún adivino, es solo que lo conozco como la palma de mi mano.

—¿Sabía que me ibas a pasar a mí el marrón, Bingley-Boggley!

—No me llames así, ya no estamos en el colegio.

Bingley-Boggley, el indeciso Bingley, era el apodo que le había puesto la profesora de educación física porque, siempre que había que saltar, correr, trepar o lanzarse, él era el último en ponerse en la fila.

—¿Y yo qué sé?! Estarás barajando diferentes opciones, ¿no? —le digo.

Mi amigo, que se siente bajo presión, suspira.

—Es una propiedad muy buena y tengo buenos recuerdos de ese

lugar. El problema es que no sé qué hacer con ella. Ahora que mi padre está jubilado, yo tengo que encargarme de la empresa. Hoy puedo estar aquí y mañana en Nueva York o Los Ángeles... Tendría que pagar un montón de impuestos por un sitio al que ni siquiera tendría tiempo de ir. –Charles para la cinta de correr y apoya la mano derecha en la cadera–. Me duele todo. ¿Pasamos a las máquinas?

Que yo no le hubiera dado mi opinión podría ser el motivo de todos sus dolores.

Nos ponemos en los bancos y empezamos a levantar las pesas a la vez...

–Le he dicho al notario que me lo pensaría. En caso de no aceptarla, tengo que mandarle una renuncia formal –me dice entre serie y serie.

–¿Y quién heredaría la propiedad entonces? –le pregunto.

–Unos primos muy lejanos de Pontassieve, que seguramente estén más interesados que yo.

–Más que yo, seguro –salta una tercera voz de mujer.

Levanto la mirada y, desde abajo, tumbado, veo alzarse sobre nosotros a Caroline, la hermana melliza de Charles.

–Hola, Carol –la saluda su hermano entre un resoplido y otro–. Le estaba preguntando a Michael qué opinaba sobre la finca de la Toscana.

–Genial, así me gusta –responde Carol. Se suelta el moño y su cabello cobrizo cae sobre los hombros–. Michael, convéncele de no aceptar la herencia.

–Charles, no aceptes la herencia –repito como un loro.

–Si es que no hay nada más aburrido que el campo –prosigue ella–. ¡Si fuese un ático en Niza con vistas al Paseo de los Ingleses, todavía! Hay ambiente, mucha vida social y, con el clima mediterráneo, podríamos disfrutarlo todo el año. ¿A que sí, Michael? –me pregunta ahora a mí.

–Yo prefiero España –digo entre dos repeticiones.

–¡Pues también es verdad! –exclama ella. España es la nueva Costa Azul: Benalmádena, Marbella, Estepona... Son perfectas para pasar un buen día junto al mar.

–Yo es que soy más de montaña –respondo incorporándome y secándome el sudor.

–Ah, claro... la montaña –dice–. Madre mía, Michael, esto pesa muchísimo, menuda fuerza tienes para levantarla.

–Son cuarenta kilos, es lo mismo que levanta Charles –le recalco.

–Sí, pero él no entrena tanto como tú.

–Seguimos la misma rutina –replico.

–Muchas gracias por todo el aprecio que me tienes, Carol –le dice Charles–. Yo también te veo agotada de entrenar... ¡Ah, no! Por tu albornoz entiendo que acabas de salir del balneario.

–Porque vengo de hacer *aquagym*.

–Uy, sí, te has matado.

Charles y Caroline tienen una relación de amor-odio. Más de odio que de amor.

–¡Ey, Charles! ¡Hola, Michael! –nos saluda una de las moni-toras mientras se para.

–Hola, Zoe. –El tono seco de Caroline demuestra que no le ha hecho mucha gracia que la ignore.

–Ah, Carrie, no te había visto –responde Zoe. Uno recoge lo que siembra–. El próximo viernes habrá una clase de yoga sobre el cielo estrellado y, después, un masaje relajante con aceites calientes. Y, para terminar, un picoteo vegano y una degustación de infusiones –dice pasándonos una invitación a mí y a Charles–. ¿Os venís?

–¿Y yo no estoy invitada? –le pregunta Carol.

–Invitaciones agotadas –le responde Zoe con una sonrisa maliciosa–. La terraza tiene aforo limitado.

–¡Qué casualidad!

–Suena muy divertido –interviene Charles.

–Muy divertido –repito yo. No me gusta ser maleducado, pero no es el tipo de plan que a mí me guste–. Pero tengo plan.

–Vaya. –Zoe parece desilusionada–. ¿No puedes anularlo?

No se puede anular algo que no existe.

–Cena de empresa. –A Zoe se le iluminan los ojos y ahí me doy cuenta de que la he cagado–. ¿El viernes por la noche? ¡Me-

nudo estrés! ¿Sabes lo que te vendría muy bien para relajarte? *Hot* yoga. –Se agacha a mi altura y me escribe algo en la invitación que me había dado, dejando ver sus tetas comprimidas en el top–. También doy clases privadas, este es mi número personal. Llámame cuando quieras.

Nos despide a todos y, antes de irse, me guiña el ojo.

–Vaya espectáculo –comenta Caroline–. Yo a las tías como ella no las trago.

–¿A las tías como ella? –le pregunta Charles. A veces me pregunto si de verdad es tan ingenuo o se lo hace.

–Tan vulgares –responde su hermana–. ¡Por favor, Michael! Poco más y se os lanza encima. ¡Y mira qué pintas lleva! ¡Apuesto a que debajo de esos pantalones microscópicos no lleva ni ropa interior!

–¿Quieres que vaya a comprobarlo? –No me puedo resistir a hacer esa broma.

–¡Michael! –me grita Caroline escandalizada–. ¿Es tu tipo? Charles intenta contener la risa.

–A Michael le gustan de todos los tipos.

–¿Sabéis qué? Que me estáis poniendo de mal humor ya de buena mañana –farfulla mientras hace ademán de irse.

–Toma. –Le doy la invitación de Zoe–. Visto que te interesaba, usa la mía.

Caroline la coge con desprecio y se aleja. Poco después, tira el papel hecho trizas en la basura.

–¿Tu hermana todavía va a terapia para gestionar esa rabia? –le pregunto a Charles.

–No ha ido ni una sola vez.

–Ya decía yo que no veía ninguna mejora.

Nos cambiamos de sitio y continuamos nuestros ejercicios de espalda y hombros.

–La verdad es que Zoe no está nada mal. Podrías invitarla a cenar, Michael.

¡Dios!

–Charles, no quedan románticos como tú. Lo que quiere Zoe no es una cena precisamente.

–Igual unos entrantes y una copa de vino le pueden gustar. Para ir calentando –matiza–. Ah, perdón, es verdad, que a ti ese tipo de cosas no te van. Ni los preliminares ni cualquier cosa que pueda parecerse al principio de una relación.

–Una relación no entra dentro de mis prioridades.

–Ah, claro, por eso sales con dos mujeres a la vez, ¿no? –me pica él–. Sheila y... ¿Denise?

–Danielle –le corrijo–. Ojos para todas, corazón para ninguna. Es mi lema de vida y, hasta ahora, me ha funcionado perfectamente: Sheila es masajista en un *spa* de Maida Vale, es dulce y servicial, con turnos horribles que le impiden tener vida social, así que solo la veo cuando me apetece. Danielle es copiloto de British Airways y quedo con ella los dos días de descanso que tiene a la semana, vamos, cuarenta y ocho horas de sexo casi ininterrumpido. Con ninguna he puesto un pie fuera de sus apartamentos. Eso sí, en mi casa, no entra ninguna. Ni en mi vida privada en general.

–Y yo cada vez estoy más cerca del famoso «Hasta que la muerte os separe».

Por poco se me escapa la barra de las manos.

–¿Cómo?

–Sí, como lo oyes: casarme, tener hijos...

–Un Labrador, un plan de pensiones y un Volvo –le digo tomándole el pelo–. ¡Venga, hombre!

–Algún día tú también te despertarás con esa sensación y, entonces, seré yo quien tenga que aguantarte a ti, Michael.

–Soy intolerante a las personas que no son capaces de contradecirme. No quiero pasarme toda la vida con una mujer que se dedique a adularme solo para complacerme y que yo sea el centro de su vida. Si tiene que ser para siempre, prefiero una mujer que no tenga miedo de empezar una discusión, que, en vez de darme la razón siempre, tenga ganas de debatir para defender su punto de vista; una que me haga sentir con ganas de despertarme cada día solo para saber qué va a decirme.

–No durarías ni una semana con alguien así –me dice Charles mientras me mira escéptico–. Con lo orgulloso que eres, nun-

ca darías el primer paso para disculparte tras una discusión, así que romperíais antes de siquiera haber empezado a salir.

–Mejor eso que no la prisa que te ha entrado por la presión social del «¿Todos mis excompañeros de la universidad se están casando y están teniendo hijos y yo estoy aquí quitándole los bordes al pan de molde?».

–Sebastian, Duke y Ashford parecen más que felices con su nueva vida de casados. ¡Incluso Harring va a pasar por el altar! Y eso no quita que me sienta ya preparado.

–Bien por ti –concluyo el tema.

–¿Qué crees que habrá sido de todos esos chicos con los que pasábamos los veranos en la Toscana? –me suelta de la nada.

–¿Por qué?

–Son más o menos de nuestra edad... No sé, tengo curiosidad. Giada, por ejemplo.

Ahora entiendo dónde quería llegar. Punto para Charles.

–Si vas a empezar a montarte películas sobre tus amores de la infancia, es que estás muy desesperado.

–No me estoy montando ninguna película, solo estoy acordándome de los veranos en Chianti y también de ella. Fin.

En la finca, además de nosotros cuatro, también estaban los hijos de los que trabajan allí y estábamos hechos un pequeño ejército de críos revoltosos.

–No te creo ni aunque lo jures por lo que más quieras.

–Aunque vayas de duro, tienes que admitir que siempre nos lo hemos pasado genial allí. ¿Te acuerdas de Elisa, su hermana pequeña?

Clic.

Charles me acaba de desbloquear un recuerdo.

–¡Elisa! –exclamo con más énfasis del que debería.

Ella y yo éramos los cómplices de todos los planes más maquiavélicos, como Zipi y Zape, como el gato y el ratón. Por la noche íbamos al huerto del vecino a robarle sandías, nos duchábamos con los aspersores del jardín, jugábamos a los veterinarios con las gallinas y los conejos de la finca, montábamos puestecitos para vender pasteles de barro, jugábamos al escondite en el establo.

Teníamos una conexión perfecta: cuando uno pensaba algo, el otro decía justo eso mismo y viceversa...

–¿Michael? ¡¿Michael?! –me llama Charles.

–¿Qué pasa?

–¿Qué te pasa? Llevas empanado cinco minutos.

–¿Quién, yo?

–¿Hay algún otro Michael aquí?

–Ah, eh... no. –Mierda, reconozco que estaba absorto en mis pensamientos–. Estaba descansando. ¿Por qué?

–Entonces, ¿qué hago? ¿La acepto o no?

¿Aceptar o no aceptar? Hace cinco minutos me parecía una decisión muy evidente, pero ahora estoy lleno de dudas.

–No... no lo sé.

Capítulo 2

Elisa

Todas las tardes en Le Giuggiole son siempre iguales. Mi madre pone orden a la cocina y saca brillo a todas las cacerolas de cobre que cuelgan de las vigas del techo. Donatella, el ama de llaves, disfruta de su infusión con un chorrito de ron. Le duele la garganta o, al menos, eso dice.

—Tengo las cuerdas vocales muy delicadas. Yo era *mezzosoprano*. ¿Os he contado alguna vez cuando canté en la Ópera de París? —comenta. Sí, lo ha hecho y al menos veinte veces.

A mi lado está mi hermana mayor Giada. Es la esteticista-peququera-manicurista-pedicurista de Belvedere. Ahora mismo está ocupada haciéndole las uñas a Donatella.

Linda, la pequeña de la casa, está haciendo los deberes de verano sentada a un extremo de la larga mesa de madera de roble. Son deberes que ella misma se ha obligado a hacer porque, a diferencia de los de su edad, que lo dejan todo para el último día, ella a mitad de agosto ya ha terminado todo lo que les han mandado los profesores.

Nos quedamos atónitas viendo cómo recita el *rosa-rosae* del libro de latín, que está estudiando por su cuenta para ir avanzando lo que darán el curso que viene cuando empiecen las clases. Es la única chica de trece años que se pone triste cuando llega junio porque se termina el curso.

Yo me encargo del viñedo. Donatella y mi madre se ocupan de la gestión interna y yo de la externa, así que, con el tema de la vendimia, que está al caer, tengo la cabeza que si época de recogida, que si maduración de las uvas, que si el grado, que si embotellar. También estoy pendiente del tiempo que vaya a

hacer en las próximas semanas, verifico la tasa de humedad, los análisis de la mineralización del terreno, las previsiones de las temperaturas por el día y por la noche.

Ahora que estoy cada vez más ocupada, por la noche termino agotada y cuando me pongo el portátil encima de las piernas se me cierran los ojos. Ese sillón es tan cómodo...

—¿Te estás quedando dormida, cariño? —me pregunta Donatella con preocupación. Siempre me llama con algún apelativo cariñoso como «cariño», «corazón» o «cielo» porque dice que es lo primero que le sale.

—¿Cómo? Ah, no, no —afirmo mientras salgo de mis pensamientos.

—Estabas mirando el portátil con la pantalla en negro —me dice Linda, a quien no se le escapa ni una a pesar de no haber levantado la vista de los libros.

—Estoy un poco grogui por el sol —balbuceo mientras me maltrato las cutículas.

Odio que me vean cansada porque mi madre siempre aprovecha la oportunidad para recordarme lo duro que es mi trabajo y para convencerme de encontrar algo menos exigente, algo más apropiado para una mujer...

—¿Te hago la manicura? —me pregunta mi hermana.

—No me hace falta, gracias —respondo.

—¡¿Cómo que no te hace falta?! —Parece que ella no piensa lo mismo—. ¡Mira qué uñas llevas! ¿Te las sigues mordiendo? —dice con un tono muy estricto.

—Ya no —miento. En realidad, lo estoy intentando, pero las viejas costumbres nunca mueren.

—Venga, ¿te las hago de gel? ¿Cuál prefieres? —me pregunta mientras me pone delante de las narices dos botecitos—. Puedes escoger el azul *London by night* o negro petróleo del Támesis.

Giada tiene una pequeñísima obsesión por Londres. Cuando tenía diecinueve años, en lugar de coger el tren para ir a trabajar en una pensión de Rosignano, se escapó y fue a Londres a hacer un curso de esteticista con todo el dinero que tanto le había costado ganar vendimiando aquí, en Le Giuggiole.

–Ninguno de los dos, Giada. ¿De qué me sirve pintármelas? Trabajo en la viña, no en una pasarela. –Un argumento más que sólido.

–Pintarte las uñas no sirve para nada en concreto. –Se pone detrás de mí y empieza a masajearme el cuello y la espalda–. Es solo una manera de relajarte y dedicarte tiempo a ti misma.

–Mientras os decidís, ¿qué te parece terminar de pintarme la mano izquierda, corazón? –le dice Donatella.

–Si ya está pintada –le responde Giada.

–Pero no está igual que la derecha.

–Las uñas asimétricas son la última tendencia en Soho. Donatella está horrorizada.

–En el centro de salud mental de Soho, querrás decir.

Giada pone los ojos en blanco mientras resopla.

–No puedo con vosotras. Tú –suelta señalándome–, eres una dejada. Y tú, –dice ahora dirigiéndose a Donatella–, siempre estás de morros. Os voy a arreglar la vida, voy a abriros un perfil en MatchMe –exclama mientras agita su móvil–. En cuanto tenga algo de cobertura en esta fortaleza –murmura mientras deambula por la cocina con el móvil en alto.

Giada está obsesionada con MatchMe, una aplicación de citas. Se pasa todo el fin de semana vagando de Lunigiana a Maremma para quedar con sus pretendientes. No busca un simple anillo de compromiso, sino a su amor verdadero. El problema es que, aunque va en busca del príncipe azul, lo único que encuentra son desengaños. Quizá sea porque el único requisito que pone es que no sean de Belvedere.

–¡Por fin! Detrás de la nevera tengo una rayita. ¡Eh, que tengo tres *match*! –celebra mientras revisa las notificaciones–. Lorenzo, de Cecina... Jacopo, de Pisa...

–¡Por el amor de Dios! –grita mi madre.

–Vaya, este no está nada mal: Simone, de Viareggio. Qué pena que la foto de perfil no se vea muy bien. Voy a pedirle que me mande una mejor. No me gustaría ir a Viareggio a ciegas.

–Sí, como con ese de San Macario in Piano –le recuerdo.

El tipo en cuestión le había mandado una foto de un mode-

lo sacada de Google y, desde entonces, Giada no se deja engañar tan fácilmente.

–Gherardo el bastardo –refunfuña–. ¡Hala! ¡Ya me ha respondido!

–¡A ver! –le ordena Donatella, una mujer de opiniones muy radicales en cuanto a hombres se refiere: ninguno está a la altura de sus estándares.

Giada finge una tos de incomodidad y vergüenza.

–No es precisamente una foto de su cara.

–¡A ver! –exclamamos todas a coro: Donatella, mi madre y yo. Nos arremolinamos alrededor de Giada, atónitas y asombradas.

–¿Qué es eso? ¿Un poste de la electricidad? –comenta Donatella.

–Pero eso te lo tiene que meter con anestesia, ¿no? –añado yo.

–Eso no es un hombre –dice mi madre–, es un caballo.

–¿Qué pasa? –pregunta Linda, levantando la vista de sus libros.

–Nada –respondemos las cuatro al unísono.

–¿Puedo verlo yo también? –insiste.

–Vaya, qué tarde se ha hecho –interrumpo–. Linda, ya es hora de irse a dormir.

–Pero si solo son las nueve –protesta.

–Sí, pero en otras partes del mundo ya es muy tarde –le replico. Ella no se da por vencida.

–Pero estamos de vacaciones.

–Ya, pero así, cuando empiecen las clases dentro de tres semanas, ya estarás acostumbrada. –Me acerco hasta donde está y le doy un beso en la cabeza–. En un ratito me paso a darte las buenas noches, ¿vale, mi osita?

–¡Qué pesada, mamá! –protesta–. ¡Y no me llames osita, que es nombre de niña pequeña!

Sí, «mamá» soy yo. La llamo así desde siempre, por un oso de peluche ya todo desgastado que tiene desde que era pequeña y del que no se separa desde entonces.

Linda refunfuña, recoge sus libros y se va hacia su habitación. Sé que la conversación va a subir de tono y, aunque tenga ya trece años, quiero proteger su inocencia, aunque sea un poco más.

–Venga ya, Elisa, podría haberse quedado –me reprocha Giada–. Si antes o después acabará viendo una.

–Una así de grande espero que nunca porque es para dejarte traumatizada de por vida. Y, de todos modos, no hasta que no tenga dieciocho.

–¿Y qué pretendes, imponerle la castidad obligatoria hasta que sea mayor de edad? –salta mi madre.

–¡Pues claro que sí, mamá! –le respondo–. ¡Mírame a mí! Si hubieses sido un poco más dura con ese tema, no habría tenido a Linda a los diecisiete años.

Donatella se encoge de hombros.

–Es tan tímida que, si viese una, saldría corriendo.

–Pues eso espero –exclamo–. Por cierto, ¿qué le has respondido a Furia caballo del Oeste? –le pregunto a Giada para cambiar de tema.

–«Dónde y cuándo quedamos» me dice ella mientras teclea en la pantalla.

–¡Pero si no te ha mandado una foto de su cara! –objeta Donatella.

–Por esta vez, he decidido darle el beneficio de la duda.

–¿Así que ahora te fías de él? –la pico.

–Pero mejor uno más cerca de Viareggio, ¿no? Siempre te buscas hombres que viven en el quinto pino –comenta mi madre.

–¿Y dónde se supone que tengo que buscarlos? ¿Aquí? –responde Giada, horrorizada.

–Ahora mismo los mejores partidos son el hijo de Colli, el de la funeraria, y el de Ceccarelli, el de los desatascos.

–No importa si hay mucha crisis, morirse e ir al baño son necesidades básicas –le recuerda mi madre.

–Belvedere no es para solteros –concuero.

–Eso es. Además, no me voy a quedar aquí para toda la vida. En cuanto tenga dinero suficiente, me iré a Londres. Si quiero encontrar al amor de mi vida, tendré más posibilidades en una ciudad de nueve millones de habitantes. Todo el que tiene dos dedos de frente se ha largado de aquí en cuanto ha podido.

–Ejem, ejem –discrepo.

–Bueno, todo el mundo que no haya tenido un hijo durante su adolescencia, cielo. –Una observación de Donatella de lo más mordaz.

–De todas formas, mientras espero a llevar a cabo mi plan de escape, no veo por qué tengo que quedarme recluida como en un convento.

–Déjame que vea un poco la foto –le pide Donatella.

Nos ponemos todas a mirar el móvil de Giada para examinar de nuevo esa desmesurada obra de la madre naturaleza.

–¡Qué barbaridad! –exclama mi madre–. ¿Pensáis que cuando usa la «herramienta» también le da para que llegue la sangre al cerebro o se desmaya?

–¿Encontrará ropa interior tan grande?

–Igual se la tiene que hacer a medida.

Toc, toc, toc.

Nos sobresaltamos al escuchar los golpes en la puerta de la cocina.

–Pero ¿quién será a estas horas? –refunfuña nuestra madre mientras va a abrir.

–¿Y bien? –pregunta Giliola, agarrada de la mano de su hija, Regina, que aparecen sin molestarse siquiera en saludar.

–Dios –murmura Donatella con tono despectivo–. De haberlo sabido, le habría echado un chorro de alcohol en la tisana.

–¿Y bien qué? –le responde mi madre en un tono brusco.

Entre ella y Giliola se puede cortar la tensión con un cuchillo. Su rivalidad en la cocina es legendaria.

–¿Ya ha llegado?

–¿Quién?

–¿Cómo que quién? –insiste Giliola con su voz nasal–. El sobrino de Ricasoli.

–Aquí no se ha presentado ningún sobrino –le dice mi madre con tono cortante mientras le hace un gesto con la mano para que se vaya.

–¡Qué pena! –exclama Giliola ignorando completamente la invitación para irse.

Entonces, entra y empieza a dar vueltas para inspeccionar la cocina mientras Regina baja la mirada hacia el trozo de tarta que tiene en la mano, que parece desilusionarla.

–¿Has hecho mermelada de albaricoque? –pregunta con curiosidad Giliola señalando la fila de tarros humeantes que están sobre la encimera.

Mi madre suspira poniéndose de los nervios.

–¿A ti qué te parece?

–Ah, es que... ¡has esperado demasiado! –la critica Giliola–. Tendrías que haberla hecho la semana pasada.

–Nosotras la hicimos el sábado y yo se la he echado a la tarta –añade Regina con su tono de sabelotodo.

–¿Esta vez te has acordado de echarle azúcar en vez de sal? –le pregunta con maldad Donatella. El año pasado, en la rifa de las fiestas del patrón, hizo que se le revolviere el estómago a medio pueblo.

–¿De qué estabais hablando? –suelta Giliola fingiendo no haber escuchado la indirecta.

–De caballos –decimos todas rápidamente.

Giliola se encoge de hombros, desinteresada. Si supiese...

–Esperemos que Charles llegue a tiempo para la Fiesta de la *Schiacciata*. Tenemos que decirle al comité organizador que le nombren parte del jurado de honor.

La Fiesta de la *Schiacciata* es una competición culinaria por ver quién hace la mejor *focaccia* toscana donde no existen los amigos: levaduras saboteadas, robo de ingredientes, hornos manipulados...

Hasta hace cinco años los participantes preparaban la *schiacciata* en casa y se la llevaban al jurado para que la probasen. Pero Giliola acusó a mi madre de haber llevado una comprada de panadería porque, según ella, era demasiado perfecta para ser casera, así que, desde entonces, la competición se desarrolla en la plaza de Belvedere. Desgraciadamente para Giliola, mi madre ganó también al año siguiente, lo que demostró que la suya era la mejor.

–Sí, claro, seguro que viene hasta aquí solo para eso –suelta Giada con sarcasmo–. Seguro que se muere de ganas.

—A los hombres les gustan las mujeres que saben darles un plato de comida en condiciones —replica Giliola—. Pero ¿qué vas a saber tú de cocina con lo inútil que eres? ¿Y con esas uñas? Tú no vales ni para pelar un par de patatas.

—Ya ves lo que me importa no pelar patatas —responde ella y yo le aplaudo mentalmente.

Toc, toc, toc.

Lllaman a la puerta. Giliola y su hija se ponen eufóricas de golpe, pero cuando abre mi madre y aparecen Angela con su hija Sara y una bandeja de rebanadas de pan con hígado, se les quita la sonrisa de un plumazo.

—¿Ha llegado? —pregunta Angela ansiosa.

—No —responde Donatella tajante.

—Oh, pensaba que a estas horas ya estaría aquí. Iba a llegar con los Vannucci esta tarde.

—Pues ya ves que aquí no ha aparecido nadie —vuelve a decir mi madre.

Angela y Sara también entran, intercambiando miradas de odio con Giliola y su hija.

—Vaya, estáis vosotras aquí también —suelta Giliola.

—Cuánta paz —comento con ironía—. ¿Alguien quiere una camomila? ¿Un sedante? ¿Un poco de bromuro, tal vez?

—¿Tienes un poco de pegamento? —pregunta Giliola—. Porque así le cerramos el pico a Angela de una vez por todas.

—¿A quién quieres cerrarle el pico tú? —protesta la otra.

—Sí, como lo oyes. Sé que andas diciendo por ahí que no soy más que una tacaña y una vieja pelleja.

—Es la verdad. Me pediste que te devolviera el molde de aluminio de los canelones y, cuando te dije que lo había tirado, te enfadaste y empezaste a pedirme que te comprase otro nuevo —rebate Angela.

—¡Ah, o sea que soy yo la que te da los canelones y resulta que soy yo la tacaña!

—¡Y tanto, que los hiciste con los huevos que te regalé de mis gallinas!

—¡Exacto: me los regalaste! —responde Giliola, cada vez más

enfadada—. Me los regalaste porque decías que tenías demasiados y que, si no, los ibas a tirar.

Donatella se levanta de la mesa con su taza de infusión en la mano.

—Creo que, después de todo esto, aún estoy a tiempo de echarme un chorrito en la infusión.

Toc, toc, toc.

Esta vez en la puerta están Fiorella y Paola, con sus famosos panecillos. No les da tiempo ni a abrir la boca y mi madre les corta el entusiasmo de raíz.

—No, Charles no está, no ha llegado aún. No se sabe nada.

Tras las malas noticias, Fiorella ve a Angela y Giliola, y me lanza una mirada de decepción, como diciendo: «Y yo que te di diez euros para que me avisaras a mí la primera».

En Belvedere ha vuelto a desatarse la fiebre del matrimonio y no me extrañaría nada si, en las últimas veinticuatro horas, la del quiosco se quedase sin ejemplares de la revista de vestidos de novia *Sposabella*.

El ambiente de la habitación está cargado de estrógenos, con hijas a la caza, madres compitiendo entre ellas y luego nosotras: una viuda gruñona, una solterona amargada, una madre soltera y una inútil, el cuarteto de la incomodidad, que observamos la carnicería que se ha montado.

La cuarta vez que llaman a la puerta, mi madre, cansada, agarra el rodillo con gesto amenazador.

—De estas me encargo yo.

Para sorpresa de todas, en lugar de otra pareja de madre e hija, aparece Vannucci, el notario.

—Voy desarmado. —Se defiende, levantando las manos.

—Vannucci, por fin. Esto parece el Circo Togni, eh. Venga un rato a domar a estas fieras, que ya no podemos más.

Él entra intimidado, con cara de preferir estar en otro lugar.

—Buenas noches a todas.

Madres e hijas lo asaltan con una ráfaga de preguntas: «¿Dónde está Charles?», «¿Nos lo presentaría esta noche?», «¿Ya ha cenado?». Vannucci se rasca la cabeza, incómodo.

–Bueno, en realidad he venido para informar a la señora Donatella y a Elisa de que Charles ha decidido renunciar a la herencia.

Un silencio aterrador invade la cocina. Solo Giliola, tras varios segundos de incredulidad, se atreve a abrir la boca:

–Entonces, ¿no ha venido con usted?

–Se ha quedado en Londres y ha decidido ceder la finca a sus familiares más cercanos.

–¡Lo sabía! –refunfuña mi madre–. ¡Esos Ricasoli de Pontasieve! Tantas pieles tantas pieles... pero luego está el portón medio roto, el calentador y el cobertizo hechos un desastre, la chimenea atascada... Como no se rasquen un poco el bolsillo, se va a ir todo al traste.

Ella, más pragmática que nadie como una buena ama de llaves, se preocupa por todo menos por los sueños rotos de oír campanas de boda que tenían todas las chicas aquí presentes, que se encuentran totalmente abatidas.

–Lo siento. En unos días debería recibir su renuncia formal. Ahora debo irme. Buenas noches.

Sin embargo, sus esperanzas de escabullirse pasando desapercibido se desvanecen por culpa de la manada de madres que le persiguen y le acribillan a preguntas sobre el cómo y el porqué de la renuncia de Charles.

Por fin nos quedamos solas mi madre, Giada, Donatella y yo. La paz ha vuelto al hogar, pero, en lugar de sentir alivio, siento una punzada en el pecho. En cuanto supe del hipotético regreso de Charles, mi mente se fue de inmediato hasta Michael, su mejor amigo. Él y su hermano mayor, George, siempre venían aquí con los Bingley en verano. Michael y yo teníamos mucha conexión: a los dos nos gustaba el riesgo, éramos incapaces de quedarnos quietos y siempre andábamos en busca de alguna nueva aventura o travesura que hacer, a la que arrastrábamos al pobre Carletto.

Por muy tonto que pueda sonar y aun habiendo pasado quince años, pensé que Charles vendría con Michael, como en los viejos tiempos.

Capítulo 3

Michael

Dos semanas después

Es que antes consideraba algo puntual se ha convertido en una rutina: el sonido del teléfono me despierta y la voz inexpressiva de Penny me saca del letargo.

–Llegas tarde. Otra vez –me dice con un tono frío.

Me levanto de un salto de la cama, enfadado conmigo mismo por no haber escuchado el despertador, que no sonó ni una ni dos veces, sino cuatro.

Ni el triple café que me tomo surte efecto, así que, antes de salir, meto al vuelo en la cafetera una cuarta cápsula de una mezcla superconcentrada mientras me abotono la camisa.

Hoy nada de afeitarse ni ponerse corbata. En el móvil me aparecen seis mensajes de Saxton, el último, con un aspecto telegráfico, dice:

Te estamos esperando.

El trayecto en taxi de Grosvenor Square a Marylebone, aunque es bastante corto, añade un poco más de estrés al que ya siento por llegar tarde.

–Saxton ha empezado la reunión con los Bradford sin ti –me informa Penny nada más llegar a la oficina–. Están en la sala Windsor.

Genial, en el extremo opuesto del edificio.

Giro en dirección contraria a toda velocidad, pero, de repente, siento cómo me agarra de la chaqueta.

–Corbata. Perfume. Apesta –me ordena tajante mientras me pasa la corbata de seda que tengo para urgencias en la oficina. Me la pongo y la ato mientras me echa su Eau de Guerlain.

–Pero es de mujer –protesto.

–Podrás superarlo. Vamos.

Entro de golpe en la sala Windsor y provocho que los presentes, sentados alrededor de la mesa de caoba pulida, den un pequeño salto. Los hermanos Bradford parecen confusos y Saxton tiene cara de querer matarme.

–Disculpen el retraso, había muchísimo tráfico esta mañana –digo para justificarme.

–No pasa nada, D’Arcy –me responde el hermano mayor–. Ya casi hemos terminado. Lawrance nos ha aclarado todas las dudas que teníamos sobre las propuestas para diversificar nuestras inversiones.

Ah, ya han terminado.

Aunque la culpa de haber llegado tarde ha sido mía, me fastidia no haber podido presentarles mis propuestas.

–Si tenéis alguna pregunta más, no dudéis en llamarme –les ofrezco, mostrándome lo más cordial posible.

Los Bradford nos dan la mano y se van. Antes de que pueda salir de la sala, Saxton me frena en seco.

–Siéntate, Michael. Tenemos que hablar.

Yo obedezco, intentando mantener la calma.

–Te escucho.

–No puedes seguir así.

–Pensaba que los Bradford estaban encantados con mi plan de inversiones –digo fingiendo.

–Eres lo suficientemente espabilado como para no saber a qué me estoy refiriendo. –Saxton se sienta delante de mí–. Pero, si tanto insistes, te hago un resumen: en la reunión del viernes te estabas quedando medio dormido.

–Estaba pensando.

–Estabas dormido, Michael.

–Está bien –admito–. Me exijo un ritmo de trabajo que me es imposible mantener y el cansancio me pasó factura. No pensé que fuese para tanto.

–En la reunión con HSBC usaste la presentación que no era.

–Pero me las apañé muy bien –digo a la defensiva.

Me lanza una mirada cortante.

–Deja de ponerte a la defensiva, me estás cabreando.

Levanto las manos en señal de rendición y él continúa con su resumen de quejas.

–Esta semana te has saltado dos reuniones y... ¿cuánto llevas sin afeitarte?

–Estoy dejando descansar la piel.

–Pues que descanse el fin de semana.

–Vale, reconozco que, últimamente, mi productividad ha sufrido una minúscula caída, pero mi instinto para los negocios sigue intacto.

–Eres el mejor, Michael, eres incluso mejor que tu hermano, que en paz descanse, pero si no estás al cien por cien, no sirve de nada.

Al escuchar nombrar a mi hermano, aprieto los dientes, molesto. Todo el mundo cree que compararme con él es un cumplido, pero nadie entiende que para mí no hay ofensa más grande que esa.

–¿Qué quieres? ¿Despedirme? –le pregunto directo.

–No, somos socios a partes iguales, pero así no podemos seguir.

–Saxton se levanta, se mete las manos en los bolsillos y se pone a caminar alrededor de la mesa–. Yo ya estoy mayor, quiero disfrutar de mi vejez, de mis nietos y de mi dinero. No quería decírtelo, pero creo que es el mejor momento: cuando me retire, tengo pensado transferirte mi parte. Serás el socio único de la empresa.

Casi se me cae la mandíbula al suelo del asombro.

–¿Estás hablando en serio? Sax, no sé cómo agradecértelo, yo...

–Pero no en las condiciones en las que estás ahora –me interrumpe muy serio.

–¿Qué condiciones?

–Tienes una adicción al trabajo, pero no puedes asumir la carga de responsabilidad que te has autoexigido. Estás tan obsesionado con la empresa, con los negocios, que no sabes ni dónde estás: trabajas por la noche, trabajas el fin de semana, trabajas mientras comes, trabajas mientras duermes...

–¡Pero por eso soy tan bueno! –le rebato.

–No, por eso estás así de agotado. No eres capaz de asumir toda esa responsabilidad tú solo. Si no te pones las pilas, tendré que ponerme a buscar otra persona a la que cederle mi parte de la empresa.

–¿Me estás amenazando?

–De ninguna manera, solo intento que espables y te empieces a cuidar un poco. Por Dios, te considero como a un hijo, pero si no entiendes lo que te estoy diciendo, me veré obligado a tomar decisiones por ti.

–Si no quieres echarme, entonces, ¿qué pretendes?

Sax deja de caminar y se para justo delante de mí.

–Que te vayas de vacaciones.

¿Qué?

–No lo entiendo.

–¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un día libre?

¿Cuándo fue la última vez que te fuiste de vacaciones?

–Creo que hace algún mes –digo por decir algo.

Siempre me propongo tomarme un descanso, pero luego acaba apareciendo un negocio prometedor o un nuevo cliente interesante y lo dejo para más adelante.

–Hace cuatro años –me suelta–. Se lo he preguntado esta mañana a los de Recursos Humanos.

–Qué rápido pasa el tiempo cuando estás haciendo algo que te gusta –bromeo de forma sarcástica.

–Crees que eres invencible. Yo a tu edad también lo pensaba, pero tengo una mala noticia que darte: también eres humano y, como tal, necesitas descansar.

–¿Me estás obligando a irme de vacaciones?

–Quiero que vuelvas al cien por cien y bien descansado, no a

medio gas y descuidado. Un pequeño despiste puede costarle millones de libras a nuestros clientes y acabar con nuestra reputación. Es mi responsabilidad garantizar que esta empresa no corra ningún riesgo.

Esta lección paternalista se me empieza a hacer algo pesada.

–Solo me he retrasado un poco. ¿No estás siendo algo exagerado?

–Puede que sí, pero a los sesenta años sé reconocer fácilmente cuando hay un problema y tú eres una bomba de relojería. A partir de hoy, tienes un mes de vacaciones. Y es una orden, Michael.

–¿Puedo objetar?

–No.

Agacho la mirada, resignado, hacia las vetas de la mesa.

–Vale, pero porque no me queda otra, no porque quiera.

–Cuando me retire, te cederé mi parte, pero no porque quiera, sino porque te lo mereces.

–Pero ¿cómo voy a merecérmelo? Si ni siquiera estoy trabajando. Es bastante... humillante.

–Por una vez, deja a un lado tu orgullo herido y sé inteligente; admite que necesitas un descanso. Sé que no lo entiendes, pero créeme, te estoy ayudando. Dile a Penny que me pase tu agenda y vete a casa.

–¿Cómo que te ha obligado a irte de vacaciones? –me pregunta Charles mientras comemos en el Nobu un plato de *sushi*–. ¿Y te quejas? ¡Ya me gustaría a mí! Lo más parecido a unas vacaciones es el viaje de negocios que tengo a Milán pasado mañana para llevar la colección de otoño-invierno del año que viene.

–Saxton dice que estoy agotado. –Solo de pensarlo se me sube la tensión. Qué rabia–. ¿De verdad te parece que estoy agotado?

–No, para nada –responde con una sonrisa sarcástica.

–Y tú, al final, ¿qué has hecho con la herencia? –le pregunto. A pesar de que me había pedido consejo, le dejé tomar a él la decisión.

–No la quiero. Por mucho que me pese, gano más que pierdo.

Estaba claro: si en los planes de futuro de Charles no estaba incluida una casa en la Toscana, es imposible que la hubiese aceptado.

–Me parece una idea sensata... –Mis pensamientos se detienen–. Un momento.

Se me ocurre una posibilidad que no habíamos considerado. Que Charles no la hubiese considerado me parece lógico porque no tiene ojo para las inversiones, pero que no se me haya pasado antes por la cabeza a mí es una vergüenza. Quizá Saxton tiene razón, quizá estoy agotado.

–¿Qué pasa? –me pregunta él con la boca llena.

–¿Ya has enviado la renuncia formal?

–La he firmado, pero aún tengo que mandarla –responde masticando.

–Pues no la mandes –le digo de manera contundente.

–¿Por qué?

–Porque vas a aceptar esa herencia.

–¡¿Que la voy a aceptar?! –me suelta, sorprendido, después de haber tragado la comida que tenía en la boca–. Pero ¿eres consciente de la de problemas que me va a dar?

–La aceptas y después se la vendes al mejor postor –exclamo cogiendo un *nigiri* y apuntándole como si fuese un arma–. Escucha: ¿por qué regalarles la propiedad a unos parientes que ni conoces? Con el dinero que consigas, podrás comprarte una casita en Primrose Hill donde formar tu futura familia. Caroline podrá comprarse el ático en Niza y, así, te la quitas de encima de una vez.

–Tiene sentido –con cuerda él–. Pero vender es un lío y no quiero tener que andar buscando una agencia, aguantar a clientes interesados que hacen ofertas y luego desaparecen, estar meses esperando con negociaciones interminables...

–Saxton & D'Arcy cuenta con muchos compradores potenciales para una finca en Chianti.

–¿En serio? –me pregunta con gran alivio.

–Sí, tú déjame a mí y encontraremos una solución buena, bonita y rápida.

–En ese caso, te doy carta blanca, Michael. Sabes que te confiaría hasta mi vida.

–Lo único que te pido es que vayas y revises las normativas de construcción para ver el potencial que tiene.

–¿Yo? Yo me dedico a las telas, no a las inversiones inmobiliarias.

–Vas a estar en Italia la semana que viene, ¿no? Pues alarga el viaje y vete a la Toscana.

–¡Tú también vienes! Tienes un mes de vacaciones, disfruta en la finca y aprovecha para cerrar el trato. Si a alguno de tus clientes le interesa, piensa en lo que ganarás cuando vuelvas.

–En realidad...

Quería oponerme, pero su propuesta es indiscutible. Hay una buena razón para ello y tiempo no es que me sobre.

–No me digas que no, Michael, sabes que tengo razón. ¿Qué te cuesta? Estará todo solucionado antes de que te des cuenta. Siempre te burlas de mí por mis rutinas, pero a ti también te cuesta salirte de la tuya. «*Veni, vidi* y vende». Fin de la historia.

Pues también es verdad. ¿Qué otra cosa podría pasar? Voy, veo y vendo. Fin de la historia.